

**ALEJANDRO
MARÍN**

**CARLOS
CALLEJA**

**BORJA
ALONSO**

**FRAN
MONTERO**

LA CEGUERA DE ZYRA

NUMAK

La ceguera de Zyra
Primera edición: julio de 2024

©2024, Alejandro Marín, Borja Alonso, Carlos Calleja y
Fran Montero.

©2024, Numak Ediciones (Served Numak S.L.)

C/Pineda Fosca, 4, 08100 Mollet del Vallès (Barcelona)

©2024, David G. Vaquero, por las ilustraciones de la cubierta.

©2024, Irene Dominguez, por la maquetación de la cubierta.

©2024, Irene Dominguez, por la maquetación.

©2024, Daniel Godino Rubio y Numak Ediciones, por la corrección.

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la leyes de *copyright*.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org 917021970/932720445).

ISBN: 978-84-126390-8-7
Depósito legal: B14623-2024

Printed in Spain – Impreso en España

Borja: Para Lucius
Fran: A mi padre, que me enseñó a leer antes de tiempo
Alejandro: Para Paola
Carlos: Para Gael

LIBRO PRIMERO



1. EL PRIMERO (PARTE I)

VARDIBAUM

NO ERA LA PRIMERA VEZ QUE VARDIBAUM ACABABA EN PRISIÓN, ni mucho menos. De hecho, había perdido la cuenta de las veces que se había fugado de una celda de estasis, quebrado un pentagrama de ligadura arcana o liberado de un geas. Cosas de la memoria, que se volvía falible cuando uno era inmortal; un Antiguo. Lo que le molestaba de aquella situación no era estar encerrado, sino que todavía no le hubieran explicado el crimen que, supuestamente, había cometido. Su larga experiencia en la materia le decía que aquello olía a puñalada trapera, pero quería estar seguro antes de fugarse. Al fin y al cabo, podía hacerlo cuando le viniera en gana.

«Más sabe el diablo por viejo que por diablo», se decía, y él era un claro ejemplo.

Las luces de neón de la celda se encendieron al tiempo que, de fondo, empezaba a reproducirse un insulso hilo musical de ascensor. Vardibaum detestaba esa música. La odiaba, de hecho. Aunque, en este caso, significaba que estaban a punto de llevarle su ración de alimento diaria. Se encontraba en un cubículo cuadrado de metal cuya única decoración, por decirlo de algún modo, consistía en la puerta de la celda y la rejilla en el suelo para hacer sus necesidades.

—Esta es la última oportunidad que os doy, ¿me oís? —dijo, hablando hacia el techo. No había ningún dron de vigilancia o interfono a la vista, pero era obvio que lo monitorizaban—. Me estoy empezando a aburrir, así que responded: ¿por qué coño me habéis encerrado?

Se escuchó un zumbido al otro lado de la puerta y, por un momento, Vardibaum se animó. Por fin se le iba a presentar el típico torturador henchido de confianza y orgullo que le aclararía qué hacía ahí mientras le mostraba su colección de *juguets* y se vanagloriaba de una amplia variedad de trabajos anteriores. En su lugar, una sección de la puerta se hizo a un lado y por ella entró un brazo mecánico que portaba una bandeja hermetizada.

—¡Oh! ¡Venga ya! —bufó, hastiado—. En fin, no diréis que no os lo he advertido...

Vardibaum se imaginó a quien lo estuviera vigilando. Seguro que se estaría carcajeando ante su bravuconería.

El brazo mecánico atornilló la bandeja en unas hendiduras del suelo. Después, desapareció. El hilo musical se cortó y fue sustituido por una cuenta atrás, el tiempo del que disponía para comer antes de que retirasen de nuevo el servicio.

Se acercó a la puerta y se sentó con las piernas cruzadas. El campo de fuerza que hermetizaba la comida se disipó. El menú, el de todos los días: carne grasienta y quemada, acompañada de un complejo vitamínico gelatinizado. Muy salado, por cierto. Todo deshuesado y dispuesto para que no fueran necesarios los cubiertos, claro. Seguro que *ellos* estaban al tanto de aquella ocasión en la que se había fugado de un pozo de sacrificios aetiano valiéndose tan solo de un hueso de pollo. Esa cena estaba diseñada para que no pudiera usar nada de ella para escapar.

O eso creían.

Mientras comía, aparentemente con hastío, fue mezclando en un rincón de la bandeja la grasa con la ceniza carbonizada de la carne para formar un engrudo. Cuando tuvo la cantidad suficiente, empezó a trazar en el suelo una serie de glifos arcanos. Un hechizo de esa categoría requeriría semanas de preparación y estudio. Se requería calcular una ruta segura a través del éter, calibrar todas las runas y ajustarlas al sujeto que pretendía embarcarse en ese viaje entre dimensiones. Lo que él estaba haciendo en el frío suelo de la celda era equivalente a que un escultor diera forma a su obra magna a ciegas, de espaldas, y usando dos picahielos como cinceles. Ah, y todo en cuestión de segundos.

Con las manos aún manchadas de grasa y ceniza, se levantó de un salto y se colocó en el centro del círculo de teletransporte. Una vibración sorda recorrió el complejo, sin duda a causa de algún tipo de medida de seguridad que estaba a punto de caer sobre él. Vardibaum pronunció el hechizo y las runas del suelo prendieron. En unos instantes empezaría a notar esa sensación de vértigo tan característica justo antes de desvanecerse en la nada...

El círculo de teletransporte no reaccionó. Vardibaum levantó una ceja y se quedó en una pose algo ridícula, con las piernas flexionadas y las manos levantadas.

—¿Qué? ¡No me jodas!

No se encontraba en una prisión de tecnomantes, como había supuesto desde el principio, sino en una celda diseñada por algún archimago o cábala de altísimo rango, los únicos que podían llegar a bloquear un hechizo como aquel. O bien estaba afectado por algún tipo de bloqueo planetario, aunque no parecía ser el caso. Toda aquella parafernalia de la música, las luces de neón y el brazo mecánico debían de estar ahí para engañarlo. ¿¡Cómo no se había dado cuenta antes de ese truco barato!?

La vibración fue a más. Estaban cerca.

«Vale, entonces, si los que me han apresado son magos, la tecnología que manejarán será muy limitada», dedujo. «Cojonudo. Es hora de pasar al plan B».

Se metió la mano en la boca, agarró una muela falsa y se la arrancó sin esfuerzo. La arrojó con toda su rabia contra la puerta y la pequeña cápsula de esmalte se hizo pedazos. Al momento, los nanobots que había en su interior se adhirieron al portón y comenzaron a devorarlo con intención de usar su composición metálica para autorreplicarse.

«¡Creced, multiplicaos, convertíos en mis armas!», pensó. Los diminutos ingenios mecánicos respondieron a sus pensamientos al instante, gracias a uno de sus implantes neurales. Pero, de pronto, se detuvieron. Él lo sintió como si algo se hubiera apagado en su cabeza. Otra señal exterior acababa de bloquear la comunicación.

Los nanobots comenzaron a desplegarse y formaron dos sencillas palabras:

«Buen intento».

Así que se hallaba en una prisión que mezclaba la más alta tecnología con la seguridad de una cábala de nigromantes. Algo insólito. Se notaba que sus captores lo habían investigado a conciencia. Aquello iba a ser más difícil de lo que pensaba.

Por fortuna, no tuvo que esperar demasiado para salir de dudas. Cuando la vibración alcanzó su máxima intensidad, se abrió la puerta. Vardibaum sopesó la vieja pero efectiva técnica del «pies, para qué os quiero», sin embargo, por algún motivo, optó por mantenerse quieto. ¿O tal vez algo había interferido en sus pensamientos?

Una figura encapuchada entró en la celda con total parsimonia. A ojos de Vardibaum, era una sombra brumosa que por momentos adoptaba la silueta de un hombre cubierto por un manto. Otros, su morfología parecía mutar entre un disco de brea y un paramecio de casi dos metros de alto. El hechizo de ilusión que estuviera usando debía de ser de los buenos.

—No te molestes, Vard-ab-Haumeth. Hemos intervenido tus conexiones neuronales para que te sea imposible discernir mi verdadera apariencia.

«¿Esta abominación ha utilizado mi nombre-de-linaje?», pensó mientras se esforzaba en vano por recuperar el control. Tal vez había subestimado a sus captores.

—¿Quién eres? ¿Qué hago aquí?

—Eso carece de importancia. Con respecto a tu segunda pregunta, vas a trabajar para nosotros —aseguró el desconocido, manteniendo una calma absoluta.

Vardibaum apretó los puños. Cada vez estaba más cerca de provocar una fatídica reacción en cadena.

—Pese a que es evidente que sabes muchas cosas de mí, sombra, pareces haber obviado una de las más importantes: jamás trabajo gratis ni por imposición. Y dudo que podáis pagar mis honorarios.

—Siempre hay una primera vez para todo, mercenario. Incluso para la muerte definitiva.

—No para mí. Da igual lo que me hagáis. O, mejor dicho, lo que intentéis hacerme. Tan pronto como mi unidad central deje de emitir la señal de persistencia, mi siguiente clon se activará en el centro de alta seguridad. Una papilla nutritiva, una actualización de recuerdos que, por cierto, descargué hace apenas una semana, y en poco tiempo estaré listo para seguir con mi vida. Ni siquiera tengo por qué escucharte.

—Como te he dicho, siempre hay una primera vez para todo —zanjó la negrura gelatinosa y, de nuevo, Vardibaum tuvo la sensación de que estaba siguiendo a pies juntillas un guion—. Observa.

La sección de la puerta volvió a retirarse y apareció el brazo mecánico. Esta vez sujetaba un cilindro fino y oscuro, semirrígido y con una hendidura a lo largo.

—¡Genial! —exclamó Vardibaum—. Cine gratis.

El tubo-proyector comenzó a emitir una sucesión de imágenes. Sin sonido, toda una muestra de holoarte *vintage*. Reconoció con rapidez el Centro de Clonación Haumeth.

Aquel lugar, una fortaleza de acero tecnificado, era la empresa donde trabajaba Arbith. Arbith Haumeth, la responsable de calidad en clonación de la megacorporación Spectral, heredera de una fortuna incalculable. Y también, dicho sea de paso, su enlazada.

La proyección parecía provenir de las cámaras de seguridad del recinto. Vardibaum pudo verse a sí mismo recorriendo una serie de pasillos. Se trataba de la zona restringida, fácilmente reconocible por la iluminación indirecta y las paredes pintadas de magenta. Solo para personal autorizado. Pero él lo estaba. Hasta ahí, todo normal. Sin embargo, la fecha de la grabación sobreimpresa en la proyección no coincidía con la que tenía en sus recuerdos. Sí, había estado allí unos días atrás. Él mismo se lo acababa de decir a su captor. No obstante, a tenor del vídeo, había regresado después, hacía cuatro días estándar.

Vardibaum dirigió una mirada de soslayo a la masa informe que aguardaba como un espectro junto a él.

—Esto no va a ningún lado —murmuró con voz rasposa—. Hasta un crío de baba puede manipular las imágenes a su antojo.

—Continúa observando la proyección, Vard-ab-Haumeth.

Sin darle demasiada importancia, continuó con el visionado. Que acudiera al despacho de Arbith era perfectamente normal. La faraónica sala imitaba la construcción de grandes bloques de arenisca y granito, y estaba salpicada por monumentales columnas. Ella, sentada tras la mesa de caoba natural, se levantó al verlo entrar para saludarlo. Eso sí, en su cara se podía ver una pequeña mueca de sorpresa. Antes de que el tubo-proyector terminara de emitir imágenes, lo último que pudo ver Vardibaum fue cómo asesinaba a sangre fría a su enlazada. Un beso fugaz, una suave caricia en el pelo negro y ensortijado, una mano deslizada con sutileza tras su preciosa nuca. Un pequeñísimo punzón de titanio, oculto entre los dedos, clavado en el sitio exacto. Era la muerte que Vardibaum regalaba a las víctimas cuando no deseaba que sufrieran. Una rareza de la que muy pocos estaban al tanto. Una muerte despreciable y piadosa a partes iguales.

—¡Esto es una sucia patraña! —gritó, arreciado por el dolor.

Vardibaum se giró y trató de golpear con todas sus fuerzas al ser tenebroso. Una vez más volvió a sentir aquella resistencia, aquella imposibilidad de actuar según su propia voluntad. El espectro en sombras se giró hacia él, muy despacio y lleno de templanza.

—Hasta para asesinar a quien uno idolatra hay una primera vez, Vard-ab-Haumeth. —El carcelero hizo una larga pausa—. Aunque ahora que lo pienso, probablemente ese ya no sea el nombre que te corresponda.

—No pensarás que me voy a tragar esta mentira, ¿verdad?

—Por supuesto que no, mercenario. Tú mismo te encargarás de comprobarlo. Volverás al complejo de clonación, aprovechando todo el revuelo que se ha formado allí. Con suerte, todavía no te habrán retirado las credenciales de la zona restringida.

—Y ahora es cuando me toca preguntar —intervino, algo quisquilloso. «¿En realidad estoy en posición de elegir?»—. ¿Y si me niego?

—Eres culpable de asesinato a los ojos de la misma corporación que te avala, que te mantiene bajo una falsa cúpula de seguridad. Lo has visto con tus propios ojos. En cuanto se sepa, como es natural, tus clones serán erradicados, y tu Primero, despertado y desintegrado.

Después, simplemente, permanecerás en esta celda hasta que mueras deshidratado.

El estómago le dio un vuelco y sintió que estaba a punto de vomitar la gelatina.

—Supongamos que me creo toda esta locura y me cuelo en las instalaciones Haumeth. Después, ¿qué?

—Te encargarás de destruir todos los clones que existan de Arbith y de traer aquí a su Primera. A su entrega, nosotros liberaremos los bloqueos neurales que te hemos instalado.

—¿Y ya está? ¿Asunto arreglado?

—Con la salvedad de que nosotros pediremos un rescate por la Primera de Arbith y seremos ricos. Muy ricos. Tú serás libre y, en poco tiempo, podrás regresar a los brazos de tu enlazada como si nada hubiera pasado.

Vardibaum se rascó la barbilla, meditabundo. Había algo extraño en todo aquello. Era evidente que había subestimado a sus captores. Estaba acostumbrado a pasar temporadas en prisión, pero también a escapar en cuanto se lo proponía. Y no conseguirlo le daba muy mala espina. Sus problemas de memoria, seguramente provocados por las continuas copias de seguridad de sus recuerdos, se la habían jugado en más ocasiones de las que le gustaría reconocer. Además, verse en el tubo-proyector había sido un golpe duro, aunque *sabía* que ese no podía ser él. Simplemente, no podía estar al mismo tiempo fuera de la celda y dentro, pues el vídeo tenía cuatro días, tantos como él llevaba encerrado. Le estaban mintiendo. Intentaban manipularlo.

Y no había nada que odiara más que la manipulación.

Observó a la figura, donde suponía que debía de encontrarse el rostro, y gruñó.

—De acuerdo, formaré parte de esta chaladura.

La bruma se deformó en una mueca extraña que Vardibaum solo supo interpretar como una sonrisa.

2. BAJO UN SOL QUE NUNCA SE PONE

ALYS

...con acabados perfectos y mejoras de lujo. ¿Por qué conformarse con existir cuando se puede, simplemente, disfrutar de la eternidad? Compre ahora su clon de clase A con nosotros y obtenga el primer año de volcados de memoria totalmente gratis. Parpadee dos veces para adquirir un...

ALYS MOVIÓ LOS OJOS DOS VECES A LA IZQUIERDA CON RAPIDEZ PARA cancelar el anuncio. El volumen de la seductora voz disminuyó hasta desaparecer en el implante de sus oídos, así como la imagen del cuerpo perfecto que la realidad aumentada de sus lentillas había dibujado frente a ella. Cuando esta terminó de difuminarse, sus lentes volvieron a enfocar, por fin, la cara de Lena, que esperaba a que el anuncio terminase.

—Ha sido uno largo, ¿eh?

—Y, encima, de los míos —respondió Alys, suspirando con fastidio—. Se supone que buscan pausas naturales en las conversaciones, pero pedí expresamente que no lo hicieran con este.

—¿Por qué?

—Porque es demasiado extenso. Lo lógico sería introducirlo cuando el usuario esté solo o subido en el transporte. Lo dejé bien claro en el informe, aunque, al parecer, no me han hecho ni caso. —Hizo una mueca—. ¿Pero qué sabrá la humilde publicista que lo ha diseñado?

—Nunca entenderé por qué te sigues dedicando a ello si odias tanto tus propios anuncios —respondió Lena, divertida, mientras apuraba su copa de vino.

Alys miró en derredor antes de responder, como buscando en algún rincón una respuesta satisfactoria. La fiesta en la azotea seguía en auge. Los orbes de luces, en tonos pastel, iluminaban el lugar, haciendo juego con el tenue fulgor de un cielo sumido en un perenne atardecer. La música ambiental era suave y había sido bien escogida. Tras unos instantes, se encogió de hombros.

—Supongo que es un trabajo como otro cualquiera. Me permite pagar el apartamento y soñar con mi propio clon algún día. Aunque, desde luego, no da para comprar un clase A como el que me ofrecía el anuncio. A menos que quiera hipotecar el ochenta por ciento de mi sueldo durante un siglo o dos.

—Vaya. Parece que la IA de la Corporación cada vez es menos sutil con las sugerencias de ventas. ¿Una fiesta para celebrar que alguien consigue un clon de lujo? ¡Les ha faltado tiempo para calzar el anuncio!

Alys sonrió, buscando con la mirada a Raisa, que hablaba animosamente con otros invitados de la fiesta. Estaba deslumbrante con su nuevo vestido esmeralda y dorado, cuyo patrón iba cambiando al ritmo de la música de fondo. Alquilar ese diseño tan exclusivo debía de haberle costado un buen pellizco.

—Parece mentira que vaya a conseguir tan pronto su propio clase A.

—Y su propio mecha, no lo olvides. «¡Capitana Raisa!». No sé qué le hará más ilusión.

—En lo que a mí respecta, Lena, lo tengo muy claro: tener implantadas una de vuestras lentillas militares, así podría librarme del maldito *spam* —bromeó Alys.

—¿*Spam*?

—Es una palabra arcaica, de la Vieja Tierra. Jerga del sector. Publicidad invasiva, vaya.

—Lo llames como lo llames, no es la primera vez que alguien me dice que le molesta, ¿sabes? —Ahora le tocó a la suboficial encogerse de hombros—. Incluso hay quién se pasa de listo y hackea sus propias lentes para que no les alcance más *spam* de ese. ¿Te lo puedes creer? No hay mes que no cacemos a uno o dos. Es una práctica que se está popularizando.

Alys arqueó las cejas con sorpresa.

—¿Hay gente que se las hackea?

El rostro de Lena se ensombreció. La anfitriona, charlando aquí y allá, había llegado cerca de donde estaban. Recién ascendida a capitana, lo que le otorgaba el derecho a pilotar su propio mecha, lucía radiante a ojos de Alys.

—Sí, y no quieras saber qué hacen con ellos —susurró Lena con celeridad; al momento, hizo un ademán con la mano como si quisiera borrar sus últimas palabras—. Olvídalo, ¿quieres? Lo último que necesito es una regañina de mi nueva capitana por haberle metido ideas raras a su novia en la cabeza —concluyó, guiñándole un ojo.

Sonriente, se volvió hacia la anfitriona de la fiesta y la llamó con un gesto. En cuanto Raisa reparó en las dos, se disculpó con los invitados y se unió a su conversación.

—¿Qué tal mis chicas favoritas? —exclamó al llegar, mientras echaba un brazo por el hombro de cada una—. ¿Qué cuchicheáis?

—Me quejaba de la falta de mozos que no sean militares en tu fiesta. ¡Ya tengo muy vistos a esta panda de idiotas! —respondió Lena con una gran risotada.

—Lo apunto para mi próximo nombramiento.

—¡Ese es el espíritu! No, en serio, capitana. Es una fiesta estupenda. Te mereces el ascenso. —Le palmeó el hombro—. Y yo otra copa de vino. Si me disculpáis...

Lena se perdió en la fiesta y las dos jóvenes se quedaron a solas al fin.

—Y tú, ¿qué tal? ¿Te diviertes? —preguntó Raisa—. Lamento no haber podido estar más pendiente de ti, pero hay mucha gente a la que atender.

Alys la besó en los labios con suavidad. Apoyadas en la balastrada de la azotea, se dedicaron un momento íntimo. Frente a ellas, como precioso telón de fondo, el eterno ocaso de Zyra, con su cielo violáceo y la tríada de planetas: el pálido gigante Aúñides y los rutilantes hermanos, Énkilon y Veabón.

—No te preocupes, lo entiendo. Además, Lena se ha ocupado de mantenerme entretenida. Y de que siempre tuviese la copa llena, por supuesto.

—Menos mal que ya tiene un clon mejorado. Dudo mucho que su cuerpo efímero hubiese aguantado tanto alcohol —respondió Raisa con sorna, dirigiendo la mirada a su amiga. En ese momento hacía cola para servirse otro trago—. ¿Sabes? Se me hace raro pensar que en una semana tendré un nuevo cuerpo.

Raisa sonrió, pero Alys percibió un atisbo de tristeza en su mirada.

—¿Va todo bien, Raisa?

—Sí, es solo que... —suspiró.

Dio la espalda a la fiesta y se apoyó en la barandilla de la terraza. Alys se reclinó también y esperó a que se animase a continuar. Contemplaron cómo el eterno atardecer pintaba de rosas y morados las superficies metálicas de los edificios. Al norte, una gigantesca nave se recortaba como un engendro colosal contra el cielo de Zyra. Desde donde estaban, parecía una cuarta luna. La nave hacía descender con cuidado una nueva sección de ciudad, un enorme hexágono con inmensos edificios prefabricados que pronto encajaría en el concurrido puzle que conformaba Ciudad Anillo.

—¿Sabes? Nunca me acostumbraré a la tenue luz de este planeta. No del todo —susurró Alys, pasados unos instantes de silencio.

Conocía bien a Raisa; se imaginaba lo que le preocupaba, y que trataba de encontrar la forma de verbalizarlo, así que decidió ayudarla un poco.

—En Nova Terra me prepararon para la vida en Zyra —siguió—. Nos dieron consejos para vivir en un planeta sin ciclos de día y noche. «En Ciudad Anillo vivirás bajo un sol que nunca se pone, sumida en un crepúsculo eterno. Esa penumbra, acechante e interminable, puede volver loco a cualquiera. Los nuevos modelos lenticulares que la Corporación está testeando con la población son atractivos y prometedores, pero no os recomendamos ir», decían una y otra vez. Lo recuerdo como si fuese ayer.

—Como consejo para vivir aquí me parece una mierda —respondió la capitana.

Alys sonrió. Raisa empezaba a salir de su mutismo.

—Es un gran consejo, en realidad. Si no eres de aquí, claro. Cuando has nacido con ciclos de día y noche, esta... oscuridad que no llega,

esta perpetua puesta de sol, te afecta. No descansas, el cuerpo no acaba de acostumbrarse a los ciclos impuestos. ¿Sabes? Muchas veces, en mis primeros meses, estuve a punto de largarme de aquí.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque te conocí. —Alys notó el calor en sus mejillas; aun así, se obligó a mirar a su chica a los ojos. Para su deleite, Raisa también enrojeció—. Encontré a una persona maravillosa. Amable, entregada, responsable. Me diste mucho más que una razón para quedarme.

—Alys...

—Te mereces este ascenso, Raisa, pese a todo —dijo con rapidez para cortar su respuesta—. Las circunstancias no son las mejores, es cierto, pero creo que te equivocas al pensar que es un regalo fruto de la desgracia. Algo así iba a suceder, tarde o temprano.

—Demasiados muertos —susurró Raisa—. ¡Menuda forma de luchar por la gente!

Alys acarició la mano de su novia, que apretaba la barandilla con furia.

Dos semanas atrás, el grupo terrorista que se hacía llamar Los Ojos de Zyra había conseguido desconectar las barreras de contención atmosféricas de un hexágono. Como alguien que abriera de golpe un recipiente a presión, provocaron que el aire respirable se disipara en el cielo del planeta, matando a miles de personas por asfixia.

—Tendrías que haber visto la charla *motivacional* que nos dieron los de la DDC —continuó, furiosa, mientras dejaba escapar una lágrima—. «En la Drake's Dream Corporation estamos muy insatisfechos con vuestros resultados, pero aun así os daremos los medios necesarios para acabar con esta lacra, de una manera u otra». Como si les importase una mierda lo que le ocurre a la gente. Si no hubiera estado en ese hexágono uno de sus dirigentes, ni siquiera habrían levantado una ceja.

—Ese tipo sobrevivió, ¿no?

—El tal Soren Woldt se libró por los pelos, sí.

—Sea por lo que sea, el caso es que han acelerado los ascensos. ¿Me oyes? *Acelerar*. Grábate esa palabra en esa hermosa cabezota. No regalar, acelerar —repitió—. Eres la mejor de tu promoción en las

prácticas de combate cuerpo a cuerpo, a distancia y en el manejo de mechas. Si alguien se lo merece, eres tú.

—Lo sé, Alys, es solo que no consigo quitarme esta sensación de culpabilidad de encima.

—Entonces demuéstrale a esos asesinos a quién han despertado. Y ponle un nombre molón a tu mecha, uno que acojone.

Raisa sonrió.

—Eres un sol, Alys.

—¡Pero un sol de los que salen y se ponen! No como esta birria que tenéis aquí —exclamó, haciendo que, al fin, Raisa soltase una buena carcajada—. Anda, vamos a por algo más fuerte que este vino antes de que Lena se lo beba todo. ¿Qué te apetece?

Solo tienes que probarlo para saber por qué nuestro whisky Ocaso sigue creciendo en popularidad. Mezclado de una forma especial, con un ligero toque ahumado, es un placer beberlo en todo momento.

Whisky Ocaso, para todas las ocasiones.

Parpadee dos veces para recibir una botella en su ubicación.

—Maldito *spam*...

3. EL PRIMERO (PARTE II)



TODO HABÍA SUCEDIDO A UN RITMO VERTIGINOSO DESDE QUE *aceptó* el encargo. Desbloquearon la mayoría de sus conexiones sinápticas. No les quedó más remedio, al fin y al cabo, si pretendían que se colase en una de las instalaciones más seguras del universo y destruyera su activo máspreciado.

Los pasillos eran amplios. Iluminación difusa blanca, paredes lisas; todo muy aséptico. Tras su llegada, se habían activado los sistemas de defensa y los corredores se habían inundado de soldados. Decenas de rayos de energía estallaban contra él o se enredaban en sus miembros, en un intento vano por detenerlo. El bramido de las alarmas ahogaba cualquier sonido, incluido el de los disparos. El mercenario alzó una mano, conjuró un hechizo y un pelotón se volatilizó. Con la mano libre trazó un glifo en el aire. El espacio ante él se contorsionó y las paredes se combaron hacia dentro antes de que se produjera una implosión tan rápida como silenciosa. Vardibaum sonrió.

Cubrió la veintena de metros restantes del corredor, ya vacío, y llegó a un giro a la derecha. Más allá estaban los depósitos de clones de los directivos y altos cargos. Entre ellos, presumiblemente, también los de Arbith, si es que de verdad estaba muerta.

«No deberíais haberme forzado a esto».

Llegó a una sala de techos altos, gobernada por centenares de depósitos de unos siete metros de altura. Durante al menos un minuto, nadie le salió al paso. Las defensas del laboratorio contaban con los especialistas más mortíferos. A fin de cuentas, Spectral lo

contrató a él para poner toda la instalación a prueba. Era cuestión de tiempo que...

Las luces se apagaron. Los depósitos se elevaron y se introdujeron en las celdas de protección. Respiró hondo media docena de veces. Sabía que, si no habían cambiado los protocolos, la fiesta que se iba a organizar en un momento requeriría de todos sus esfuerzos. A continuación, todo sonido quedó amortiguado tras el zumbido estático característico de los sistemas de defensa. La estancia se llenó de un penetrante olor a ozono y humedad.

Vardibaum adaptó la vista a la oscuridad. Un mecha de combate se alzaba al otro lado de la inmensa sala, flanqueado por dos pelotones de soldados acorazados, todos protegidos por un escudo de energía. A la espalda del gigantesco robot, un archimago y un tecnomante se elevaban entre corrientes de aire.

«Parece que esto por fin se va a poner interesante». Se crujió los dedos y se abalanzó sobre las tropas, recibiendo con indiferencia los primeros disparos. De su mano izquierda, llena de runas marcadas a cuchillo en la carne, surgió una bola de oscuridad que engulló a uno de los pelotones y lo lanzó contra los muros. Cuando se disipó, los soldados habían dejado caer las armas y se arañaban la cara y los brazos como si quisieran arrancarse la carne de los huesos.

El archimago proyectó sobre él una oleada de energía pura que lo arrastró varios metros por el suelo. Al mismo tiempo, el tecnomante empezó a rezar delante de la servoarmadura de combate. Salmodiaba al tiempo que dibujaba runas en el aire. Esos dos no figuraban en las primeras versiones de los protocolos de defensa; iban a ser rivales formidables.

El mercenario se levantó con pesadez y analizó la situación. El pelotón que restaba no era más que una distracción, una pequeña molestia dispuesta allí para entretenerlo. El archimago, por sí mismo, podría ponerlo en apuros, pero acompañado del tecnomante y el mecha...

Una voz proveniente del final de la estancia cortó el hilo de sus pensamientos. Una voz que lo atravesó de lado a lado.

—No te esperaba. Al menos, no con el revuelo que tenemos organizado últimamente.

Arbith.

Las tropas de defensa se detuvieron ante la aparición de su líder. Vardibaum levantó la vista hasta los enormes ventanales de la parte superior, los cuales daban al lujoso despacho de Arbith. La mujer lo miraba desde allí con los brazos cruzados, activa y claramente enfadada. El mercenario sonrió y soltó un suspiro, aliviado.

—Sé que te sonará tópico, pero esto no es lo que parece —dijo con jovialidad, abriendo los brazos y mostrándole su más encantadora sonrisa, esa con la que tantas veces la había desarmado y terminado discusiones.

—Lo que parece, desde luego, es que te has abierto paso a sangre y fuego para llegar hasta aquí, y eso me va a costar mucho dinero. Y un par de reprimendas por parte de la junta de Spectral. Tus motivos personales no me importan nada en estos momentos.

Hubo unos segundos de silencio, tan solo interrumpidos por el rún-rún de los servomotores del mecha. El contingente de guardia permanecía a la espera de órdenes.

—Pero sí que importan, Arbith. Pensaba que habías muerto. Querían obligarme a... tenía que asegurarme de que, tal y como sospechaba, todo era una patraña. ¡Y lo es, joder! Tenía que venir a hablar contigo y aclarar las cosas. Así que, ¿por qué no retiras las medidas defensivas y hablamos como personas civilizadas?

—Morí —respondió ella—. O mejor dicho: tú me mataste.

La sonrisa de Vardibaum se esfumó.

—Imposible. Fue hace menos de una semana. Estaba atrapado.

—¿Menos de una semana? —Arbith sonrió. Él no supo discernir si con tristeza o con enfado—. Quizás esa sea tu percepción, pero la verdad es que hace dos meses entraste en mi despacho y me clavaste un punzón de titanio en la nuca. No es algo que se pueda olvidar de la noche a la mañana.

Reculó, confuso. ¿Dos... meses? Su mente comenzó a funcionar a toda velocidad, intentando encontrar sentido a todo aquello. ¿Quizá fuera otro lapso en su memoria? No, no era posible; nunca eran tan largos y, además, en los cuatro días como prisionero había rememo-

rado el último año al completo, intentando encontrar el motivo de su encierro. Por otra parte, las nanomáquinas en su sangre y los hechizos de protección hacían imposible borrar o implantar recuerdos nuevos. O quizás...

—No te esfuerces, no encontrarás la solución a este enigma —interrumpió otra voz. Y si la de Arbith lo había sorprendido, esta lo dejó completamente estupefacto, pues, ¿no era acaso su propia voz?

Miró hacia el lugar de donde procedía, hacia los soldados y el mecha. Caminando entre ellos se vio a sí mismo, avanzando con paso relajado. La visión se le antojaba irreal.

—¿¡Qué coño está pasando!?! —gritó a su otro yo—. ¡No puede haber dos clones activos de la misma persona! Es virtualmente imposible. La carga neuronal...

—Le freiría el cerebro al Primero criogenizado, sí —le cortó el otro Vardibaum—. Pero no debes preocuparte por eso. De hecho, no debes preocuparte por nada más.

—No entiendo...

—Por supuesto. Ni falta que hace.

La respuesta lo enfureció. Vale que se la quisieran jugar, pero nadie le iba a llamar imbécil a la cara. Ni siquiera él mismo. Comenzó a reunir poder. El vello se le erizó. La piel le vibraba sutilmente. Su oponente pareció darse cuenta, porque soltó una risa seca.

—Antes de que intentes arreglar este entuerto de la única manera que ambos conocemos, déjame explicarte por qué vas a morir; es lo mínimo que mereces, desde luego.

—Te veo muy seguro —le respondió, sonriendo con salvajismo—. Siempre me he preguntado qué pasaría si dos clones míos se enfrentaran. ¿Cuántas ciudades acabarían destruidas? ¿Cuántas...?

—¿Clones? —Ahora fue su rival quien sonrió—. Yo no soy un clon. Soy el Primero.

El pasmo hizo que el poder invocado se evaporara en el aire. ¿El Primero? ¿El Vardibaum real, despierto? No podía ser cierto. ¡Absurdo! ¡Demasiado peligroso! «¡Si mueres ahora, será definitivo!», quiso gritar, pero no pudo emitir sonido alguno; el estupor lo estrangulaba.

—Verás, me temo que no eres más que un instrumento, un arma destinada a destruirme. A destruirnos. Para mí también es una situación confusa, no creas. Te preguntarás quién de nuestros enemigos está tan loco y tiene tanto poder como para llegar a Arbith, hacerme despertar y crear esta confrontación. Y la respuesta es sencilla: yo.

—No entiendo qué... —comenzó a susurrar, enfadado consigo mismo por no conseguir hilar sus ideas como para retomar el control de la situación.

—Paciencia, déjame continuar. —Las mismas runas grabadas asomaron por debajo de la ropa cuando el otro Vardibaum levantó la mano para pedir calma—. Recientemente, mientras yo hibernaba, uno de mis clones encontró lo que ahora llaman La Palabra de Cthurath, los supuestos versos mágicos con los que el Dios de Muchas Caras creó el universo. Con él, intentó llegar a la inmortalidad absoluta: un cuerpo que no envejece, indestructible y capaz de retorcer las reglas de la magia. Sin embargo, el universo es muy tiquismiquis con las formas y no permite ascender al rango de semidiós a alguien con la existencia dividida.

—El Primero y el clon activo.

—En efecto. Verás, el meollo de la cuestión es que ese poder, esa Palabra... te corrompe. Siempre lleva a tomar decisiones, digamos, *equivocadas*. Como sea, el clon activo decide que el Primero ya no es necesario. Y como está protegido en el interior del Centro de Alta Seguridad, veinticinco pisos bajo el nivel del suelo repletos de hechizos, soldados, robots, mechas, hechiceros y bestias, urde un enrevesado plan para acabar conmigo.

El Vardibaum ¿real? caminaba a su alrededor tranquilamente mientras hablaba, con una mano a la espalda y gesticulando con la otra, como él mismo acostumbraba a hacer.

—Primero viene a por Arbith —continuó—. Entra por la puerta sin levantar sospechas. ¿Por qué habría de tenerlas nadie, incluso ella? En fin, ya sabes lo que sigue. La mata y, en medio del revuelo, también roba dos cosas: un clon dormido y una copia de la última carga de memoria que realizó antes de encontrar La Palabra de Cthurath. Y

aquí es donde se pone interesante: en algún momento se saca todos los implantes del cerebro que le unen a los servidores de Haumeth para desvincularse de mí y de los dispositivos de rastreo, vacía varias de mis cuentas bancarias y se monta su propia red de clones en el mercado negro para comenzar un nuevo, hum, *linaje*. Ya solo necesitaba librarse del Primero, de mí. Así que modifica los datos robados y mete un virus en ellos. Luego hace que, una vez que el clon se active tras introducir estos datos, se borren los recuerdos de su despertar y asuma los de esa última descarga como válidos e iniciales. Y, por último, de alguna forma, convence a ese clon para acudir aquí con el único fin de que muera entre sus paredes en una misión suicida. Lo cierto es que me puede la curiosidad —comentó, con una sonrisa avergonzada—. ¿Qué te dijo tu propio tú, mi propio yo insurrecto, para hacerte venir?

No fue capaz de responder. ¿Podría ser cierto todo lo que acababa de escuchar? ¿Podría no ser *real*, de alguna enrevesada manera? Hurgó en sus recuerdos, buscando alguna inconsistencia, algo que pudiese desbaratar aquella locura. Recordaba haber hecho una última descarga... Pero, ¿qué pasó justo después? No lo tenía claro. ¿Qué más había dicho ese otro él? ¿A qué podía agarrarse para no negar su propia existencia? Para no...

—¿Has dicho un virus? —preguntó, cayendo en la cuenta de la importancia de ese hecho.

—Eso creo, sí. Como sabes, si mueres aquí, en el Centro de Clonación, la carga de memoria es casi automática, sin pasar por los cortafuegos y antivirus. Me habría frito el cerebro de no haberme despertado Arbith justo después de activarse su nuevo clon. Supongo que mi copia se sorprendió al no enterarse de que me habían detenido tras *asesinarla* y que, por tanto, yo debía seguir en criogenización. No le quedó más remedio que atacarme de forma remota.

—¿Has dicho «eso creo»? —escupió. ¿Estaba haciéndole dudar de su propia existencia y ese cabrón *creía* saber lo que pasaba? Fue el empujón que necesitaba para salir de la parálisis que lo había atrapado, la salida del laberinto donde lo estaban metiendo—. ¿Qué pruebas tienes de que haya pasado todo lo que me has contado? Aparte del robo y el

asesinato, ¿cómo sabes todo lo demás? Dudo que esa supuesta *copia* haya venido a contarte sus planes tal y como tú me los has contado a mí. ¿Sabes? Creo que mientes, que intentas confundirme. Que, al igual que mis captores, pretendes manipularme.

—Admito que no lo sé con certeza, pero en nuestros tres mil años de vida, es la quinta vez que un clon intenta acabar conmigo: siempre lo hacen por el mismo motivo y con estrategias parecidas.

—¿Cinco veces, dices? —se rio a carcajadas—. Buen intento. Creo que recordaría algo tan importante, ¿no te parece?

Ese Vardibaum se mesó la perilla. Parecía saborear algún tipo de victoria.

—¿De dónde crees que vienen los lapsos en tus recuerdos? Arbith se encarga de filtrar ciertas cosas antes de activar un clon, pero a mí las memorias me llegan completas. Cinco veces me han tenido que despertar para darme caza a mí mismo. ¡Cinco! Parece ser que estoy destinado a encontrarme con La Palabra de Cthurath, con La Partícula de Dios, con La Semilla de Vida o como quiera que la llamen en cada momento —dijo con una sonrisa triste—. Ese poder corrompe, envilece. Hace muchos siglos que decidí no solo mantenerme alejado de él, sino además modificar o cortar los recuerdos pertenecientes a los clones de los hechos acontecidos. Y, de paso, limitar también el acceso de los mismos a la magia.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿No es evidente? —Una marea de magia refulgía de repente alrededor de su cuerpo—. Que, aunque los clones son cada vez más poderosos, el Primero lo es muchísimo más.



—¿Te ha dado tiempo a rastrear la señal de su emisor, mi *güssel*?

—Sí, parece que ya tenemos la localización del sujeto ascendí... *insurrecto* —respondió Arbith mientras le daba un puntapié a los restos calcinados del clon de Vardibaum—. No sé cómo tienes estómago para destrozarte a ti mismo de esa manera.

—Te acabas acostumbrando —bromeó el mercenario, acariciándole el pelo. La mujer se tensó durante un breve instante, tras el cual se relajó y sonrió. Se sintió, de algún modo, culpable por ello.

—Ya, bueno. Aunque él no era tu enemigo; tan solo un instrumento, como bien dijiste.

—No podía arriesgarme. Bien podría haber portado algún arma biológica o hechizo de autodestrucción o cualquier mierda que se me... se le hubiese ocurrido a mi clon amotinado. Además, no te voy a mentir, necesitaba desempolvar mi cuerpo y mis poderes. Demasiado tiempo en esa nevera. Quizás quieras calentarme un poco...

—Será mejor que te tomes esto en serio, Vard —dijo Arbith, apartándole la mano del culo—. Aunque seas más fuerte que él, el poder que extrae de La Palabra lo convierte en una amenaza a tener en cuenta. Si te matan ahora...

—Lo sé, lo sé. Descuida —respondió, dándole un beso—. No hay nada que temer. A fin de cuentas, yo soy el Primero.



4. MALDITO SPAM

ALYS

—*BUENOS DÍAS, CIUDADANA ALYS MIEKO. HAN PASADO VEINTE minutos desde la última alarma configurada para levantarse.*

La voz del asistente virtual era plácida y encantadora, pero filtrada por la monstruosa resaca con la que acababa de despertar, le parecía un exabrupto gritado por las cuatro bocas de un ahekiense.

La habitación se iluminó progresivamente mientras se incorporaba en la cama. Un pequeño mensaje al borde de su visión y una corta melodía le anunciaron que las lentillas abandonaban el modo sueño y volvían a estar operativas. Gracias a ello, las paredes retroiluminadas de su apartamento cobraron vida, mostrando un amanecer tridimensional, como si los muros de su cuarto fuesen de cristal y estuviese rodeada de una apacible pradera bañada por la luz del sol naciente.

«Un sol de los que salen y se ponen, no como esta birria que tienen aquí» pensó, y al instante recordó que había usado aquella misma frase con Raisa la noche anterior. Sonrió, y aquella quejumbrosa risa hizo que una punzada de dolor se alojase en su cabeza.

—¡Maldita sea! —graznó. Definitivamente había bebido de más. Ahora se arrepentía de no haberse tomado una de aquellas caras pastillas de prevención de resaca.

¿Una jornada para el recuerdo? ¿Una noche, quizás, demasiado especial?

Olvídate del malestar con nuestras bebidas revitalizantes Bullshot,
ataja de golpe los efectos negativos del alcohol.

Parpadea dos veces si quieres recibir una botella en tu ubicación actual.

El anuncio flotaba frente a ella, mostrando una animación de un hombre que pasaba de estar alicaído y desaliñado a disfrutar de una apariencia enérgica y aseada. El precio levitaba a un lado. Movi6 con pesadez los ojos a la izquierda dos veces para cancelar el anuncio.

—Maldito *spam*... —susurr6, llevándose las manos a la cabeza en un intento de apaciguar el dolor que su propia voz le provocaba—. Talía, prepara la ducha y mi ropa. Y no pongas café con el desayuno, solo agua.

—*Como gustes* —respondió, solícita, su asistente virtual.



La ducha y el frugal desayuno no hicieron desaparecer del todo el clavo que le atravesaba los pensamientos. Mir6 la hora marcada en sus lentillas. Aún tenía diez minutos antes de salir.

—Espejo —orden6 y, al momento, su representación holográfica apareció ante ella. Sopes6 qué ponerse mientras observaba los brillantes códigos HQR en la camisa y el pantal6n gris que llevaba puestos, la base para su vestuario del día. Una vez se decidi6, abri6 con un gesto el armario virtual de una de sus tiendas de ropa favorita, HeroYou, y fue pasando prendas hasta encontrar una vanguardista chaqueta nacarada. Acept6 los cambios, pag6 los kredis para poder usarla y se prepar6 para salir.

—*Recuerda que hoy es lunes, ciudadana Alys Mieke. No olvides llevar contigo un dispositivo de impermeabilidad.*

Alys buf6 mientras ponía los ojos en blanco. Otra cosa más que odiaba de Zyra. «¿Por qué programar los días de lluvia precisamente los malditos lunes?», pens6 con fastidio mientras sacaba de un caj6n

el carísimo collar que Raisa le había regalado. No solo era una preciosidad, sino que, como paraguas, era mucho más cómodo que portar el generador de campo de fuerza en la mano todo el tiempo. Bastaría con pulsar la brillante piedra rubí para activar una cúpula protectora invisible. Sonriendo ante el recuerdo de su chica, se colocó el adorno y salió de casa rumbo al trabajo, con la certeza de que el día solo podía mejorar.

Había seis paradas de hipertubo cerca de su casa, por lo que esperó pacientemente en el portal de su edificio a que el sistema calculase a cuál debía dirigirse para evitar aglomeraciones. Segundos después, un tintineo en su implante le indicó que ya se había encontrado la ruta óptima. Una serpenteante cinta amarilla se dibujó en su mirada para indicarle el camino a seguir.

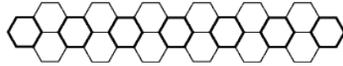
—La más lejana, cómo no —susurró con fastidio.

Pulsó con suavidad la joya de su collar y un débil campo de energía la rodeó con un chisporroteo. Salió al fin de su portal y avanzó a buen paso. Se esforzó en desterrar su mal humor y los restos de su resaca pensando en una exposición de arte que visitaría muy pronto con Raisa. Estaba deseando hablar con ella, pero sabía que a esa hora de la mañana estaría ocupada con la instrucción y los quehaceres matutinos de los militares. En un par de horas, quizás, estaría disponible. Dado que la habían ascendido formalmente y todo parecía marcharles bien, había llegado la hora de proponerle vivir juntas. Un aviso en las lentes le indicó que su ritmo cardíaco se estaba acelerando. Sonrió con picardía. No podía esperar a hablarlo con ella en persona. En cuanto pudiese le escribiría para quedar esa misma noche.

Iba a ser un buen día. Debía serlo.

¿Cansada de no tener prioridad de embarque en el hipertubo?
Por el módico precio de 100 kredis semanales,
siempre tendrá hueco en la parada más cercana a su domicilio.
Parpadee dos veces para activar el bono premium.

—Maldito *spam*...



Por supuesto, llegó apuradísima de tiempo a la oficina. Entró en las dependencias de Adborne a paso vivo, con la vista fija en el suelo, intentando no llamar la atención de la jefa de planta. Ya en su puesto, encendió con rapidez sus holopantallas y miró en derredor con disimulo. Ampe, su compañero de trabajo, le guiñó un ojo cómplice con el que parecía decir «otra vez tarde, ¿eh?», al que respondió con una sonrisa culpable. En cuanto introdujo su usuario y contraseña en el sistema, las lentillas mostraron el típico aviso de aislamiento comunicativo. La DDC era estricta con las distracciones en el trabajo. «Como si eso me fuese a detener», se dijo mientras leía los correos y avisos diarios. Comprobó, aliviada, que no había nada que requiriese una atención urgente.

Seleccionó el portal que buscaba y, valiéndose de un gesto con la mano, abrió su matriz. Frente a ella se desplegaron cientos de líneas de código, comentarios y anexos holográficos. Para alguien que no estuviera acostumbrado al sistema operativo de la compañía, aquello sería un galimatías. Tras poner en cola un par de operaciones de depuración de código, empezó a elaborar un perfil de receptor objetivo. Las especificaciones que se podían seleccionar eran precisas, detalladas hasta un nivel enfermizo. Rango de edad, color favorito, nivel de estudios, profesión, origen, patrones de comportamiento y compra, horarios, palabras más usadas o focos de atención ocular eran tan solo algunos ejemplos de las más superficiales. Una disección tan milimétrica y medida que tan solo alcanzaría un individuo como público objetivo: Raisa Lukina.

Había planeado este complejo sistema de comunicación meses atrás. Alys se había registrado como vendedora en HoloGallery, una tienda *online* donde miles de artistas de todos los rincones del universo vendían su holoarte. La empresa tenía contratados los servicios publicitarios de Adborne, lo que le venía de perlas para poder colgar anuncios saltándose las prohibiciones corporativas. La promoción

que estaba preparando para Raisa, y solo para ella, versaba sobre una bonita escena de ellas dos en uno de los jardines de la ciudad. Una vez enviado, el *chat* privado de consultas serviría para mantener una conversación sin que los ojos fisgones de la Corporación advirtiesen qué estaba haciendo.

Tras asegurarse de que nadie la observaba, lanzó el anuncio y lo dejó en segundo plano. Al momento, volvió a la red de Adborne. Enseguida le llegó la confirmación de que un potencial cliente estaba visualizando el anuncio, seguida por un mensaje entrante. No esperaba que respondiese tan pronto, pero no iba a quejarse, desde luego.

Hola, cariño. ¿Cómo estás? ¿Te lo pasaste bien anoche?

Hola, amor. Sí, ¡pero he amanecido con una resaca tremenda!

¿No te tomaste ninguna píldora de prevención?
Ya te dije que no podrías beber a la par que Lena.

Alys sonrió. Para una efímera como ella resultaba difícil seguirle el ritmo a una militar que disponía de un clon potenciado. Por lo visto, seguía sin escarmentar. «En fin, creo que es hora de hablar de cosas más serias», pensó, soltando un suspiro nervioso. A continuación, se miró las manos durante unos instantes, expectantes sobre el teclado holográfico.

¿Podemos quedar esta noche? Quiero hablarte de una cosa.

Escribió por fin.

Negativo. Estaba esperando a poder escribirte para decirte que voy a estar toda la semana de formación y prácticas de combate. Lo siento mucho. ¿Es importante?

Alys sintió cómo se le caía el alma a los pies.

No, no te preocupes. No pasa nada. ¡Lo primero es lo primero!
Ya hablaremos cuando nos veamos.

Vale. Tengo que dejarte, me están llamando.
De nuevo, lo siento mucho. ¡Te quiero!

Yo también te quiero.

Conexión perdida. No se ha podido entregar el mensaje.

Cerró la ventana de *chat* con gesto desganado. Tener que esperar una semana la desanimaba. «Al menos me queda el holoarte», pensó mientras una sonrisa tímida trataba de abrirse paso.

Si no podía ver a Raisa cara a cara, siempre podría recrear su rostro una y otra vez.



5. EN MIL PEDAZOS

ALYS

EL TURBOASCENSOR SE DESPLAZÓ POR EL INTERIOR DEL EDIFICIO DE oficinas donde trabajaba, primero en horizontal hasta alcanzar el eje central, luego reduciendo la distancia que la separaba de la superficie. Había sido un día agotador.

Seguía lloviznando. En el horario estipulado corría el tercer turno. En una ciudad en la que nunca llegaba a ponerse el sol, la Corporación lo había fijado de ese modo para acompasar la vida con el descanso de sus habitantes. Las avenidas que cruzaban los bloques hexagonales estaban tranquilas, así que Alys activó su collar-paraguas y decidió caminar hasta su lote de apartamentos para despejarse.

Con un leve guiño, seleccionó «a casa» en las lentes. La ruta óptima de regreso se calculó en un centro de datos remoto y Alys se dejó conducir por la línea amarilla superpuesta en el asfalto que apareció ante su mirada. Al seguirla evitaría aglomeraciones, accidentes, atascos... Cualquier circunstancia que pudiera implicar un retraso. Al cabo de unos minutos de agradable paseo, la esfera que enmarcaba su programa de guía cambió de color. Un parpadeo naranja en el borde de su visión le indicó que se había activado un protocolo de emergencia. Las farolas de la calle por la que caminaba se sincronizaron con la información de sus lentillas y repitieron el mismo patrón de intermitencia. Se asustó al pensar en los temas que había hablado con Lena la noche anterior, pero desechó la idea al instante. «Si el gobierno se dedicara a espiar las conversaciones privadas de los ciudadanos, más de uno y más de dos ya estaríamos confinados de por vida en Ciudad de Hielo», reflexionó.

A pesar de que había sido preparada para residir en Zyra, aún le chocaban algunas de las *innovadoras dinámicas* para la ciudadanía que la Corporación desarrollaba en el planeta.

El borde de sus lentillas y la iluminación de la calle volvieron a cambiar de color. Esta vez al azul. Casi por instinto, se arrimó más a las paredes del edificio como exigía la normativa, alejándose de la calzada. «¿Habrà sido otro atentado?», pensó. Segundos más tarde, dos patrullas de cápsulas-policía cruzaron en silencio y a toda velocidad por la avenida y, otros tantos segundos después, las farolas recobraron su anodino brillo blanco habitual. En sus lentillas reapareció la serpiente amarilla que la llevaría a su hogar.

Cuando entró en el apartamento, lo que menos le apetecía era acostarse. Aunque estaba agotada, las alarmas la habían inquietado. Ajustó la temperatura de cada estancia, guardó el dispositivo anti-lluvia y rebuscó entre los cajones del salón hasta encontrar sus pulseras holoartísticas. Moldear siempre la ayudaba a relajarse.

Se adornó ambas muñecas con el dispositivo, se reclinó con algo de pereza en el sofá y dejó que su instinto le trajera algo de inspiración. Frente a ella flotaba, suspendida en mitad de su salón, una masa disforme cuyo color oscilaba entre el marrón tierra y el gris oscuro. Un amasijo de material holográfico listo para ser esculpido de mil maneras distintas. Dibujó en el aire los primeros trazos; imaginar la sonrisa de Raisa siempre le ayudaba a sacudirse el óxido. El conglomerado rotó sobre su propio eje y obtuvo una forma algo más definida, más redondeada. Énkilon, el planeta-luna favorito de Raisa.

Surcar el Universo Explorado es ahora más fácil que nunca, ciudadana
Alys Mieko.

Contemple la magnificencia de los cielos ambarinos de Eos.
Disfrute de la belleza arcaica de Prima Caeli.

Sienta toda la tecnología al alcance de su mano por las calles de
Nova Terra.

Viajes Walkyrium. Todo el universo, a dos parpadeos de distancia.

Crispó los puños y trató de devolver sus pensamientos al holoarte. Siempre que modelaba se sentía como una alfarera, aquella gente pretérita que en la antigüedad construía vasijas y platos toscos, sin magia y sin tecnología, solo ensuciándose las manos con barro y agua. Se detuvo a pensar cómo tuvo que ser la vida para aquellos primeros efímeros que, cuando alzaban la mirada al cielo, solo podían soñar con viajar a las estrellas. A medida que su ensoñación discurría, sus manos danzaban y pulían de manera sutil la superficie del holoarte, cada vez más parecido a la bonita cara de Raisa, cada vez más etéreo y brillante, como construido por los destellos de Énkilon sobre el eterno crepúsculo.

¿Ha quedado su apartamento dañado por culpa de un incendio?
¿Teme regresar después de un viaje y encontrar solo cenizas?
La póliza Estrelaris cubrirá los daños producidos por combustión
y los gastos derivados de la extinción del incendio.
Escoja hoy, sin más dilación, su nuevo seguro Estrelaris.

Frustrada por las distracciones, la imagen tridimensional que había construido se diluyó como un manchurrón de agua sucia. «¡Maldito *spam!* Da la impresión de que los anuncios son cada vez más intrusivos...». Resopló. Se quitó las pulseras holoartísticas con rabia y se sirvió un trago de vino frío. Tras pensárselo mejor, volvió a colocarse las pulseras y, con un suspiro, retomó el holoretrato de Raisa. Había pensado en llevárselo a la fiesta, a modo de regalo, pero terminó haciendo horas extras para programar un anuncio de...

¿Agotada después de un duro día de trabajo? ¿No consigue descansar?
¡Takeaffe es la solución!
Ciudadana Alys Mieko, abrimos un nuevo local a tan solo cinco minutos
de su ubicación actual.
¡Disfrute ahora del mejor café para llevar de toda Ciudad Anillo!

De eso. Precisamente de ese maldito café para llevar.

—¡Qué pesadez! —exclamó, mientras las pulseras volaban hasta el otro extremo de la habitación; lo cual, con sinceridad, tampoco era muy lejos.

Con un gruñido hastiado, se recostó en la cama y trató de relajarse. Clavó la mirada en el techo. Por mucho que el *spam* le impidiera concentrarse, reconoció a regañadientes que no le vendría nada mal una taza de ese café. «Tampoco pido tanto, ¿verdad? Un ratito de silencio para poder terminar el regalo». De pronto, al recordar la conversación que había mantenido con Lena en la azotea, una idea sacudió su entumecido cerebro.

Las lentillas emitieron un aviso sobre su estado de agitación. Cerró los ojos y, poco a poco, consiguió calmar la respiración y normalizar el pulso. Enseguida notó la ausencia de vibración que siempre acompañaba al modo descanso de las lentes. Era asombroso lo rápido que una se acostumbraba a ella y lo que podía llegar a echarla de menos cuando desaparecía. Rápidamente, para evitar que se activasen de nuevo, musitó un hechizo que había aprendido en sus tiempos de estudiante.

Abrió los ojos. Una tenue luz azul cubrió sus dilatadas pupilas. El conjuro era un secreto a voces entre los universitarios, pronunciado en los momentos más selectos para evitar que algunos actos quedaran registrados por el sistema. No duraba mucho, pero al menos bastaría para echar un ojo al asunto. Media hora de libertad. Media hora fuera del sistema, sin control, sin que nadie la observase, sin que nadie supiera qué hacía, dónde estaba, qué consumía. No pudo evitar una sonrisilla nostálgica al recordar lo que hacían ella y sus amigos cuando desactivaban las lentillas mediante ese hechizo.

«En fin, deja de perder el tiempo y echemos un vistazo», pensó, llena de curiosidad.

En realidad, tan solo tantearía la superficie de un lago helado con la punta del pie. Planearía por encima de esa herramienta para librarse del *spam*; eso, si al final se decidía a probarlo, por supuesto. Se incorporó con rapidez y llegó junto al terminal. Si existía alguien que supiera cómo hackear las lentes, lo encontraría en la Red Universalis. O, mejor

dicho, en sus capas ocultas, donde todo tipo de criminales ofrecían sus servicios. Y donde podías encontrar casi todo lo que quisieras. Sobre todo, si era ilegal.

El terminal proyectó una nube azulada de datos que iba descartando a manotazos. El acceso a las capas ocultas variaba en función del día y la hora. La idea era evitar que las autoridades de la Corporación bloquearan las conexiones, pero en realidad se trataba de un innecesario juego de trileros. Todos sabían que existían esos pozos en la RU, túneles que conectaban con información que no debería estar allí. Las autoridades conocían su existencia, aunque todo el mundo aseguraba que hacían la vista gorda por interés propio. O por dejadez. De la misma manera que nunca importó que el *software* de las lentes no estuviera blindado ante esos hechizos de bloqueo que practicaba la juventud.

Alys siempre se había imaginado que la RU era un inmenso mar en el que sumergirse. Echaba de menos dejarse arrullar por el suave oleaje, allá en su lejana Nova Terra. Observar ensimismada las estrellas y sentir la brisa. En ese instante flotaba entre oleadas de datos, imaginando que se zambullía en aguas saladas...

Sacudió la cabeza. «Despierta, idiota. Se te acaba el tiempo». Con tan solo pensarlo, el reloj del terminal y la proyección de la RU atenuaron su intensidad. Se apresuró a buscar el pequeño punto de tonalidad más oscura que la llevaría a las capas inferiores de la red. Concentró su pensamiento en la búsqueda del acceso y el terminal reaccionó iluminando una ruta al más cercano. Lo seleccionó con la punta de sus dedos, como si fueran unas pinzas, y lo amplió hasta que abarcó el espacio holoproyectado. El resto de aplicaciones, fuentes de datos y anuncios desaparecieron más allá de los límites del terminal.

Para su sorpresa, el acceso tenía la forma de un símbolo extraño que no solo le resultaba vagamente familiar, sino que le daba mala espina: un orbe ovalado con otros tres iconos idénticos en su interior. Se planteó cerrarlo de golpe. ¿A qué estaba jugando? Se mordió el labio, pensativa, mientras los valiosos segundos pasaban. Finalmente, con la intención de echarles un vistazo y conocer más

acerca de su funcionamiento, Alys accedió a los archivos volcados para el libre acceso. Todos los documentos iban escrupulosamente firmados con el mismo dibujo ovalado. Después de bucear en ellos durante un rato, encontró un mensaje prometedor. La carga de ironía era asombrosa.

¿Harta de la publicidad invasiva?

¿Harta de que esos molestos anuncios te estorben en el momento menos oportuno?

Solo necesitas un terminal y mantener tus lentes ARL 2.10.1 suspendidas.

Amplía el holograma para más información.

Alys siguió las instrucciones. El terminal enseguida le mostró un listado de pautas a seguir para sustituir el *firmware* de las lentes. Una sencilla actualización y se libraría temporalmente de la pesadilla. Pesadilla de la que ella misma era, en parte, responsable.

«De acuerdo, Alys, parece que ya has llegado bastante lejos».

La conversación que había sostenido en el ático acudió a su cabeza de nuevo. «Lo cierto es que no me extraña que algunos ciudadanos trasteen con este *software*, a pesar de que la Corporación lo castigue con dureza», reflexionó. Le había resultado relativamente fácil dar con él. «¿Quién se encargará de mantener todo esto aquí oculto, pero al mismo tiempo, a la vista de la Corporación?». Presa de la curiosidad, se acercó al terminal para observar mejor el símbolo ovalado que los firmaba. Se fijó en que, en ocasiones, lo acompañaba otro icono semi oculto a modo de marca de agua holográfica. ¿Qué era exactamente? ¿Una especie de mano con seis dedos?

Se acercó un poco más. En ese momento, el sensor detectó el *software* de sus lentes ARL 2, abrió el listado de ficheros modificables y comenzó a descargarlos. Alys ahogó un grito. Con un ademán de la mano, intentó cerrar todos los hologramas y salir de allí.

El gesto no funcionó.

Lo repitió.

Nada.

Al tiempo que un calor comenzaba a subirle por la garganta, los archivos se fueron volcando a un holograma auxiliar que flotaba frente al terminal. Alys cerró el puño y trató una vez más de detener el proceso. El holograma auxiliar desapareció, eliminando los ficheros que contenía. Alys soltó un largo suspiro... que no llegó a completar. En el lugar del fichero anterior, aparecieron otros... que comenzaron a instalarse en sus lentes.

Se le aceleró la respiración. El corazón empezó a golpearle el pecho.

Recordó la cara de Raisa y cómo el holoarte se había diluido sin remedio ante las continuas distracciones. Recordó la infinidad de veces en las que el dichoso *spam* había aparecido para interrumpir un momento de calma e introspección; un privilegio que, desde que había aterrizado en Zyra, le había sido vetado una y otra vez. Ella, que se había criado en otro mundo, no había llevado desde siempre las lentes corporativas, al contrario que los nacidos en esa colonia. ¿Y si en realidad estaba haciendo lo correcto? Apretó los labios, firme. No, el riesgo era demasiado. ¡Tenía que pararlo! ¡El hechizo! Tenía que deshacer el hechizo. De esta manera, el proceso detectaría que las lentes no estaban suspendidas y se detendría. Vacío de golpe los pulmones y se preparó para...

INCOMPATIBILIDAD DE SOFTWARE DETECTADA.
VERSIÓN OBSOLETA.
PRIMER INTENTO DE COMPENSACIÓN FALLIDO.
INICIANDO SECUENCIA DE REPARACIÓN.
ARCHIVOS DE REPARACIÓN AUSENTES.
SEGUNDO INTENTO DE COMPENSACIÓN
FALLIDO.
ABORTANDO SECUENCIA DE REPARACIÓN_

El terminal la expulsó de golpe. Un zumbido sordo surgió de las lenti-llas. Intentaban arrancar, pero fallaban al intentar localizar los archivos eliminados. Se apagaron. Un segundo intento. En la penumbra de la habitación, Alys apenas percibió las alteraciones en la visión con cada nuevo intento fallido. Aterrada, notó cómo aumentaba la intensidad del

implante auditivo asociado a la lentilla izquierda. El repentino silencio que siguió confirmó sus peores temores.

La lente se había roto.

A toda prisa, murmuró un conjuro de reparación. Era muy básico, y no estaba segura de recordar todas las inflexiones en la voz, pero no tenía alternativa. Tartamudeó. La vibración, esta vez en la lentilla derecha, creció y creció. Una pequeña nube naranja se formó entre sus manos. Perdió la concentración y erró en una de las palabras del hechizo, con lo que la nube se disipó. Soltó un grito angustiado y comenzó de nuevo. El zumbido sonaba más alto que su propia voz. O quizá era ella quien había empezado a susurrar. La nube naranja ascendió hasta situarse a la altura de su rostro y cubrió por completo las lentillas. Alys pretendía devolverlas al estado previo a la conexión con el terminal, deshacer todo el entuerto. La lente que aún funcionaba se activó con una vibración que para ella sonó como un suspiro de alivio. La izquierda permanecía oscura, en silencio. Una lentilla muda y ciega.

En cuanto el dispositivo se encendió y recuperó la completa funcionalidad, apareció un mensaje invasivo en el centro de su visión.

ERROR DE FUNCIÓN GRAVE.
IMPORTANTE BRECHA DE SEGURIDAD
DETECTADA.
CIUDADANA NT-199-AM-21124, ALYS
MIEKO, ACUDA DE INMEDIATO AL CENTRO DE
REPARACIÓN MÁS CERCANO.
DISPONE DE UN MÁXIMO DE CINCO HORAS
ESTÁNDAR PARA PERSONARSE EN EL CENTRO
UBICADO EN LA VÍA NOVA, NÚMERO 42_